

Una extraña intuición

Era el final del día, uno de esos fines de día que hay cada primavera. Los campos florecían hasta donde alcanzaba la vista, las hierbas rebosaban de flores multicolores. El aire tenía ese olor especial de las hojas de los árboles mojados que se secaban, el calor del sol que brillaba en lo alto del cielo daba a la tierra esa impresión de movimiento perpetuo. El vapor de agua se escapaba por las colinas y los bosques, acariciando a las mariposas, abejas e insectos que, salidos de su profundo sueño, se deleitaban finalmente con el néctar que la madre nodriza ponía a su disposición.

Había que sacar el ganado y llevarlo a pastar la nueva hierba. Llevaba casi cuatro meses encerrado en el interior, alimentándose únicamente de las existencias de heno de las cosechas del año pasado. Era el momento porque no quedaba prácticamente nada para alimentar a los animales.

La tarea de llevar el rebaño fue confiada a Pythius. Había que llevarlo al otro lado de la colina, adonde los pastos daban al mar. El camino para llegar allí no era largo, quizás un día de marcha. Pythius amaba esos momentos de renovación anual. Solo con sus amigos, como él mismo los llamaba, iba a poder dedicarse a su pasión del momento, la contemplación de los mundos visibles e imaginar los mundos invisibles, los de los dioses, los de las divinidades. Caminaba suavemente por los campos acompañando a las vacas a su ritmo. Sus sandalias abiertas le permitían sentir la frescura de las hierbas en contraste con un suelo ya caliente. Donde sólo había rocas, las piedras estaban casi ardiendo.

Pythius amaba esta tierra en la que vivía, le daba alegría, energía, comida, le inspiraba, le hablaba, a veces de día y a menudo de noche en sus sueños después de que contemplara las estrellas brillantes en el cielo.

Estaba ansioso de poder dormir bajo las estrellas, no volvería hasta dentro de un mes en la luna nueva, reemplazado por otro vaquero. Mientras tanto, cada tres días se le traería comida para alimentarse.

Durante un mes, iba a poder vivir al ritmo de la naturaleza, compartir su soledad con los animales, las hierbas y los bosques, pero también imaginar diálogos con las estrellas, que a medida que la noche huiera de un lado al otro del cielo, en un baile diario incesante, desde el anochecer hasta el amanecer del día siguiente.

Pythius se preguntaba, desde hacía algún tiempo, qué podía haber más allá del mar, donde el sol y las estrellas parecían querer caer todos en un baile cósmico.

Aún más extraño era encontrar que el sol reaparecía al otro lado de la colina a la mañana siguiente, igual que al día anterior y otra vez al día anterior. ¿Iba a cambiar mañana? ¿Qué hacía el tiempo de su desaparición al otro lado de la tierra conocida? ¿Por qué las estrellas se movían en la misma dirección que el sol? ¿Por qué desaparecían al amanecer?

En una noche tranquila, mientras soñaba con viajar al fin del mundo, se acordó del taller para exprimir las uvas. Las uvas se vierten en un recipiente redondo, una piedra grande se fija en su centro a un gran trozo de madera, él también redondo, en el otro extremo del trozo de madera, había un arnés que estaba fijado al cuello de una vaca que tiraba del trozo de madera, que a su vez hacía girar la piedra y así exprimía la uva para extraer el jugo, que una vez fermentado haría la alegría de las noches de invierno.

También recordó cuando era niño, cuando no pasaba de la altura de la prensa, que no podía ver a la vaca cuando él y ella estaban al otro lado de la prensa.

En su sueño, hubo una danza giratoria, donde de la vaca dando la vuelta a la prensa, fue el sol que sustituyó a la vaca y la tierra la prensa.

No sé por qué, al salir de su sueño, pensó que la tierra debía ser redonda como la prensa era redonda también. Que el sol hacía un viaje incesante alrededor del lagar que era la tierra, y que de la misma manera que la uva sacaba este jugo exquisito, el sol permitía a la tierra extraer todos los beneficios que conocía.

Esa mañana fue como una revelación, no podía probarlo, pero estaba seguro de que la tierra era redonda. ¿Y cómo podía ser de otra manera?

La luna nueva se acercaba, iba a ser reemplado, pronto volvería a las tareas diarias de la granja. Su descubrimiento no tendría consecuencias para el futuro, pero estaba contento de haber visto esta verdad. Por un breve momento se sintió como los dioses, cerca de los astros y al mismo tiempo arraigado en la Madre Tierra.

Volvería unas lunas más tarde, a encontrar la soledad con el sol, los astros y los dioses. ¿Quizás iba a hacer nuevos descubrimientos?

Le 31 aout 2023

Franck Servignat

[Parc la belle idée](#)